

VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2016.

Una puesta en historia de la emergencia de una subjetividad en la apuesta freudiana.

Cermelo, Renata.

Cita:

Cermelo, Renata (2016). *Una puesta en historia de la emergencia de una subjetividad en la apuesta freudiana. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-044/13>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eATH/fZe>

UNA PUESTA EN HISTORIA DE LA EMERGENCIA DE UNA SUBJETIVIDAD EN LA APUESTA FREUDIANA

Cermelo, Renata

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

El presente trabajo intenta, dentro del marco de la sociología y el psicoanálisis, poder pensar la construcción de una subjetividad moderna, comprendiendo las dimensiones históricas y sociales de su constitución que enfrenta en el sujeto a la pulsión sexual con las normas sociales. De esta forma, nos focalizaremos en algunos aspectos y prácticas del período victoriano. En principio, nos interesa enmarcar en este contexto la constitución de una interioridad en la que va a primar lo que Freud va a llamar los diques del pudor, la moral y la vergüenza, contrafuerzas que se aplican a las tendencias perversas de la sexualidad infantil.

Palabras clave

Construcción de la subjetividad, Freud, Período victoriano, Dimensiones histórico-sociológicas

ABSTRACT

A HISTORICAL PERSPECTIVE OF FREUDIAN TEXT

This paper attempts, within the framework of sociology and psychoanalysis, to think the construction of a modern subjectivity, in to the historical and social dimensions of their constitution, that confront the subject itself to sexual impulse to social norms. In this way , we will focus on some aspects and practices of the Victorian period. In principle , we are interested, within this context, in the establishment of an interiority in which prevails what Freud calls the levees of modesty , morality and shame, counterforces that apply to the evil tendencies of infantile sexuality.

Key words

Construction of modern subjectivity, Historical and social dimensions, Victorian period, Freud

El presente texto se encuentra enmarcado en los desarrollos del Programa de fomento a la investigación de la Facultad de Psicología (PROINPSI) problematizando, tal como el primer vector de análisis allí descripto lo postula, la consideración del actual momento histórico como una etapa donde los paradigmas de la modernidad se encuentran permisos, produciéndose el derrumbe de los grandes relatos, dando lugar a un momento de transición caracterizado por la incertidumbre y la contingencia.

En este sentido, el propósito del trabajo será el de abrir derivas sociológicas y psicoanalíticas en torno a la articulación históricamente cambiante entre deseo y sociedad. Para lo cuál, partiremos tomando el concepto foucaultiano de sujeto, que se construye "a través de un discurso tomado como un conjunto de estrategias que forman parte de las prácticas sociales" (Foucault, 2008: 15), en contraposición a la idea de un sujeto "como fundamento [...] en donde podía hacer eclosión la verdad" (ibid., 14). Poder pensar la configuración de una subjetividad moderna, comprendiendo las dimensiones históricas y sociales de su constitución que enfren-

ta en el sujeto a la pulsión sexual con las normas sociales. De esta forma, nos focalizaremos en algunos aspectos y prácticas del período victoriano. En principio, nos interesa enmarcar en este contexto la constitución de una interioridad en la que va a primar lo que Freud va a llamar los diques del pudor, la moral y la vergüenza, contrafuerzas que se aplican a las tendencias perversas de la sexualidad infantil.

En las sociedades europeas de finales del siglo XIX y principios del XX, la impronta victoriana configura la subjetividad basada en determinadas prácticas y mandatos sociales que dejan a la luz ciertos aspectos con lo que se generan necesariamente lugares en sombra. Entre la pacatería de sus miriñaques, capitones y encajes se escondía un pueblo lanzado a la aventura del hombre industrial. Combinaba el recato, la moderación, el horror a la ostentación, la rigidez a las costumbres, el apego a sus usos y tradiciones con "los bajos fondos", tomando la expresión de Benet en su Londres victoriano, ciudad donde entre calles muy concursidas y elegantes se abre un pasadizo que genera miedo transitarlo de día: a la vuelta de los miriñaques, la basura. Casas que en su tiempo habrían sido hermosas, se encuentran hacinadas por diferentes familias, que en la misma habitación viven, duermen y copulan. La policía, que en un primer momento había sido recibida con hostilidad, empezó a ser estimada por su capacidad de perseguir delincuentes en las zonas menos respetables de la ciudad. Esta nueva clase de riqueza se apoya también sobre una nueva, pero mucho más extendida clase de pobreza. Las clases dominantes seguían apegadas a principios que consideraban inamovibles fundados en el orden social, se negaban a considerar la existencia de una realidad (la delincuencia, la moderna esclavitud, la degradación, etc.) que golpeaba a la puerta, para lo cual no quedaba otra actitud que la hipocresía. En la sociedad victoriana, donde la gente es respetable, no debería haber delito, y la mejor forma de negarlo era no verlo y, aún más, ocultarlo. Ante la degradación de las clases humildes, la sociedad victoriana redobla el culto a la limpieza, tomando a la suciedad como síntoma del mal. La rigidez y el estiramiento, va a decir Benet, que caracterizan la era victoriana son, en parte, consecuencia de la decisión de alejar la parte más fea de la realidad, de rodear con todo un aparato de graves maneras la mala conciencia y de imponer un distanciamiento enfundado en una moralidad cortada a la medida la peor voluntad de no traspasar ciertos límites, más allá de los cuales está el pecado. (Benet, 1995: 48- 49)

La ilustración, los progresos y descubrimientos científicos de los siglos XVIII y XIX y la Revolución Industrial habían fundado en la ciencia, y sobre todo en la experimental, uno de los pilares de la sociedad. En la época de Darwin, va a decir Benet, la componenda entre ciencia y doctrina se hacía casi imposible, obligando a elegir. Y es en este contexto, para esta sociedad, que escribe Freud toda su obra y sin el cual se corre el riesgo de pedirle a la teoría cuestiones que están más allá de las posibilidades del momento histórico. Freud, sin lugar a dudas, revoluciona la sociedad victoriana de su

época, pero no escapa de ella. Incursionó en terrenos, como vimos, deliberadamente ignorados, fundamentalmente sobre la sexualidad y, en definitiva, hechó luz sobre el manto de silencio que regía la moral victoriana, basada, como lo mencionamos antes, en la hipocresía. El reclamo que la sociedad victoriana hacía a sus individuos sobre la renuncia pulsional era demasiado intenso, razón por la cual caían víctimas de la neurosis. En este sentido, e insistimos, en este contexto socio-histórico, Freud (1908) va a postular que existen poderes limitadores de la pulsión sexual que actúan al modo de diques anímicos que intentan contener y encausar la fuerza de la pulsión: la vergüenza, el asco, la compasión y las construcciones sociales de moral y autoridad. Sin dudas, podemos ver en los diques postulados por Freud fuertes ecos de esa moral victoriana. Se presupone el fenómeno de autoridad como contrapuesto al deseo y se le imponen diques, quedando éste en el lugar de la transgresión. Vemos entonces al Freud victoriano haciendo un paralelo entre el niño pequeño que aún carece de dichos diques con la mujer poco educada:

En esto el niño no se comporta diversamente que la mujer ordinaria, no cultivada, en quien se conserva idéntica disposición perversa polimorfa. En condiciones corrientes, ella puede permanecer normal en el aspecto sexual; guiada por un hábil seductor, encontrará gusto en todas las perversiones y las retendrá en su práctica sexual. Esa misma disposición polimorfa, y por tanto infantil, es la que explota la prostituta en su oficio; y en el inmenso número de las mujeres prostitutas y de aquellas a quienes es preciso atribuir la aptitud para la prostitución, aunque escaparon de ejercerla. (Freud, 1905: 219)

Esto es así porque, siguiendo esta línea de pensamientos, es en la niña justamente donde estos diques deberían ser más fuertes, ya que el desarrollo de las inhibiciones de la sexualidad (vergüenza, asco, compasión) se cumple en la niña pequeña antes y con menores resistencias que en el varón; en general, parece mayor en ella la inclinación a la represión sexual; toda vez que se insinúan claramente pulsiones parciales de la sexualidad, adoptan de preferencia la forma pasiva. (Freud, 1905: 259)

Podemos preguntarnos, entonces, de dónde sale esta inclinación mayor a la represión sexual, a partir de la cual la pulsión presenta en la niña menos resistencia a conducirse por los diques que le son impuestos. ¿Freud la está pensando como constitucional, como cultural, socialmente aprendida, o como una confluencia de ambos? Freud en el mismo texto antes citado, Tres ensayos de teoría sexual, en el apartado de "Prevención de la Inversión", refiriéndose al tema de la homosexualidad postula en el mismo sentido, es decir, que si bien la mayor prevención contra ésta es la gran atracción que ejercen los sexos opuestos, no es suficiente y se hace necesaria la intervención autoritaria de la sociedad, ya que nuestra cultura descansa sobre la coerción de las pulsiones y quien no pueda incorporarse a esta represión general de las pulsiones enfrentará a ella como criminal declarado fuera de la ley.

La sociedad tiene que hacerse cargo, como una de sus más importantes tareas pedagógicas, de domeñar la pulsión sexual cuando aflora como esfuerzo por producirse, tiene que restringirla y someterla a una voluntad individual que sea idéntica al mandato social. [...] En caso contrario la pulsión rompería todos los diques y arrasaría con la obra de la cultura, trabajosamente erigida. (Freud, 1916: 284)

Lo que la cultura necesita para su reproducción es, una vez domadas las energías de la práctica sexual, transformarlas en energía disponible para el trabajo, ya que puede desplazar su fin sin perder su intensidad, es decir: sublimación. Freud da a las pulsiones po-

limorfas lugar entre los actos preparatorios del acto sexual terminal, pero los placeres sensoriales preliminares: tocar, mirar, ocultar, mostrar pueden también disociarse y constituirse en fines autónomos, colocando "a la sublimación en el campo de la estética" (Ricoeur, 2004: 424), convirtiéndola en un fenómeno cultural. En este sentido, de la peligrosa disposición surge una elevación de la capacidad de rendimiento psíquico, quedando la sublimación concebida como descarga y utilización de excitaciones excesivas al servicio de la cultura, vale decir, al servicio de lo socialmente reconocido. Para este autor, los dones artísticos reflejan una mezcla variable de creación, neurosis y perversión, pudiendo así ser considerada la disposición perversa polimorfa de la infancia la fuente de todas nuestras virtudes. Desde la perspectiva foucaultiana, podríamos señalar desde su Historia de la sexualidad 1: la voluntad del saber, que el victorianismo, lejos de solo reprimir, "ha ampliado el dominio de lo que se podía decir sobre el sexo [y además] ha conectado el discurso del sexo mediante un dispositivo complejo y de variados efectos que no puede agotarse en el vínculo único con una ley de prohibición" (Foucault, 2011: 25).

El amor apasionado se sitúa en los márgenes de la vida cotidiana, con la que tiende a entrar en conflicto, ya que puede llevar al individuo a ignorar sus obligaciones ordinarias. Por esta causa, se hace peligroso. En el amor romántico, en cambio, que podemos situar desde finales del siglo XVIII, lo sublime del amor tiende a predominar sobre el ardor sexual. Freud (1908) en La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna va a postular que lo que la cultura, para él contemporánea, le exige al individuo es la abstinencia hasta el matrimonio, y hasta el fin de la vida si es que no lo contrae. Además agrega que, si bien esto no trae consigo daño alguno, acapara todas las energías del sujeto. Luego da un paso más y postula que dentro del matrimonio legítimo también siguen las restricciones, ya que sin métodos de contracepción eficaces el comercio sexual se ve reducido a un número limitado de concepciones, dejando nuevamente a los cónyuges en el estado anterior a su enlace, pero con desilusión anímica y privación corporal. Concluye que el incremento de nerviosidad se debe al aumento de las restricciones sexuales. Foucault argumenta al respecto, como ya adelantamos, que la sexualidad en la era victoriana era un secreto, pero un secreto a voces, discutido sin cesar en diferentes textos y fuentes médicas. La sexualidad no era reducida a la clandestinidad, era por el contrario, continuamente discutida e investigada. Era tanta la importancia que se le debía que cabe sospechar que el objetivo no era eliminarla sino, muy por el contrario, organizarla, catalogarla, normativizarla, prescribirla: "A través del aislamiento, intensificación y consolidación de las sexualidades periféricas, las relaciones del poder con el sexo y el placer se ramificaron y multiplicaron, midieron el cuerpo y penetraron los modos de conducta" (Ibid.: 47, 48). De este modo, se desarrolla la ciencia de la sexualidad y con ella aparecen los expertos dedicados a indagar en aquello que acaban de crear. Así aparece visibilizada la sexualidad femenina que será inmediatamente ligada a la histeria, la sexualidad en los niños y un largo catálogo de perversiones que escapan a las prácticas sexuales que se nombraban como normales. El discurso, en tanto performativo de la realidad social, elabora una nueva terminología para la comprensión de la sexualidad, creando con ello una nueva sexualidad que contribuye a reorganizar, administrar los cuerpos y lograr "un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos" (Ibid.: 132).

Giddens (Giddens, 1995: 46) postula al amor romántico como un hecho complejo que debe ser pensado en correlación con diversos conjuntos de influencias que afectaron a las mujeres a partir de los finales del siglo XVIII, y posibilitaron su surgimiento. Una fue la

creación del hogar, la segunda fue el cambio de relaciones entre padres e hijos y la tercera fue lo que algunos han descripto como “invención de la maternidad”. Durante el período victoriano los modelos de interacción se alteran sustancialmente: el centro del hogar se traslada de la severa autoridad patriarcal al afecto maternal, la sexualidad queda dividida entre la sexualidad “casta” del matrimonio y el carácter apasionado o erótico de los asuntos extramaritales. En este sentido, Foucault pensará ese espacio marginal al matrimonio como un lugar de tolerancia que hace pasar “el placer que no se menciona al orden de las cosas que se contabilizan” (Foucault, 2011: 10) El sexo en el matrimonio debía ser responsable, ordenado y autoregulado, el control del tamaño de la familia debía surgir espontáneamente de la prosecución disciplinada del placer. El amor romántico fue esencialmente un amor feminizado, fomentado por la mujer, que ha visto sus goces confinados al perímetro de su casa. De este modo, la imagen de la “madre y esposa” refuerza la escisión señalada por Freud entre la corriente tierna y la erótica. Para defenderse de la impotencia que ello genera, la salida para el hombre es degradar al objeto para poder acceder a él: o mujer virtuosa por la que no se siente deseo, o mujer ligera a la que no se puede amar. Estos postulados se refuerzan en su conferencia sobre “La feminidad” (1933) cuando postula que la mujer debe ser madre aún de su marido, ya que el matrimonio no está asegurado hasta que la mujer haya conseguido hacer de su marido también su hijo, con lo cual es claro que la corriente erótica queda sepultada, dando lugar exclusivamente a la corriente tierna. Vemos entonces cómo para los hombres, las tensiones entre amor romántico y el amor apasionado se disolvieron separando el confort del entorno doméstico de la sexualidad de la amante o la prostituta. En “La moral sexual...” (1908) Freud postula que esta doble moral existente para el hombre es la mejor confesión de que la misma sociedad que la promulgado los preceptos restrictivos no cree en su observancia. Para las mujeres en cambio, postula que para soportar el matrimonio deben gozar de muy buena salud, ya que el mejor remedio para éste sería la infidelidad que es rechazada de cuño por mujeres educadas y sometidas a la cultura. Mujeres que habiendo observado una severa abstinencia durante su preparación al matrimonio eligen hombre que hayan mostrado con otras mujeres su masculinidad. Freud agrega que no solo se priva a las mujeres del comercio sexual, sino que se las mantiene ignorantes del rol que se les tiene reservado para evitar toda posible tentación, con lo cual, a raíz de esta demora “sólo desilusiones procuran al hombre que ha ahorrado para ellas todos sus deseos, con lo cual el hombre queda privado de todo placer intenso” (Freud, 1908: 120). Y cómo premio a su docilidad anterior, les queda como salida la insatisfacción sexual, la infidelidad o la neurosis. Y concluye que la inferioridad intelectual de muchas mujeres se debe a la coerción mental necesaria para la coerción sexual. Por lo tanto, si bien por un lado Freud puede mirar su época desde otro ángulo y atreverse a una postulación tal como que el psicoanálisis no pretende describir qué es una mujer (tarea que considera imposible), sino indagar cómo se deviene mujer, cómo se desarrolla a partir de la disposición bisexual del niño, planteando también que la tan mentada pasividad femenina no es sino influencia de la cultura que la fuerza a eso. Por otro lado, rige su sexualidad suponiendo que la feminidad se ha consumado si se ha renunciado a determinado tipo de placer, ha adquirido otro, y como dijimos, desea ser madre, incluso de su marido.

No podemos considerar, por lo tanto, producto del azar la influencia del momento histórico en el Freud escritor y analista. Por otra parte, fuera de ese mismo contexto histórico, fuera de la sociedad moderna, occidental y capitalista, no hubieran existido las condiciones de

posibilidad para el surgimiento del psicoanálisis. La institución familiar, los semblantes que ordenaban las relaciones entre los sexos, y el discurso sobre los goces no son los mismos que a principios del siglo pasado, sin embargo, las mutaciones históricas no han logrado echar por la borda los planteamientos freudianos. ¿Cuál será el impacto subjetivo de estos reacomodamientos históricos en la civilización? ¿Cómo, y hasta qué punto estos cambios histórico sociales modifican la economía pulsional? Somos contemporáneos de los que Colette Soler da en llamar “una legitimación del goce sexual”, refiriendo a que ahora “la satisfacción sexual aparece como una exigencia, independiente del amor y de la procreación” (Soler, 1995: 187), volviéndose objeto de discurso, de atención y cuidados públicos. Siguiendo a esta autora, y para concluir, vemos que no se trata tanto de cuestionar los fenómenos enunciados por Freud, sino de percibir lo que deben a los ofrecimientos del discurso de su tiempo. Aun así, en medio del discurso victoriano de su época, es él quien separa sexualidad de reproducción a partir de lo cual puede, por un lado, visibilizar la sexualidad infantil, presente desde los inicios de la vida, corriendo a los niños de ese velo de pureza con el que se los había revestido por no detenerse a mirar sus prácticas y, por otro, acerca la perversión a las prácticas sexuales cotidianas, con lo cual dejan de ser comportamientos estancos y, además, da un lugar de relevancia a la sexualidad femenina, planteándole una especificidad en el goce. Todas ellas cuestiones que sentaron las bases para pensar la subjetividad tal como la concebimos.

BIBLIOGRAFÍA

- Acha, O. *El sexo de la Historia. Intervenciones de género para una crítica antiescencialista de la historiografía*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 2000.
- Benet, J. *Londres Victoriano*. Madrid: Planeta, 1995.
- Freud, S. “Tres ensayos de teoría sexual”, trad. José Luis Etcheverry, en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, t. VII [ed. orig., 1901 - 1905].
- Freud, S. “El esclarecimiento sexual del niño”, trad. José Luis Etcheverry, en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, t. IX [ed. orig., 1907].
- Freud, S. “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna”, trad. José Luis Etcheverry, en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, t. IX [ed. orig., 1908].
- Freud, S. Conferencia 20. “La vida sexual de los seres humanos”, trad. José Luis Etcheverry, en *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu, t. XVI [ed. orig., 1916 - 1917].
- Freud, S. Conferencia 33. “La Feminidad”, trad. José Luis Etcheverry, en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, t. XXII [ed. orig., 1932 - 1933].
- Foucault, M. *Historia de la sexualidad 1: la voluntad del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.
- Foucault, M. *La verdad y las formas jurídicas*. Madrid: Gedisa, 2008.
- Giddens, A. *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, trad. Benito Herrera Amaro. Madrid: Cátedra, 1995 [ed. orig., 1992] Cap. II y III.
- Ricoeur, P. *Freud: una interpretación de la cultura*. Mexico: Siglo XXI, 2004.
- Soler, C. “Lo que Lacan dijo de las mujeres. Estudio de Psicoanálisis”. Buenos Aires: Paidos, 2008. Cap. V